

Libros

una simple y pura **obligación** del industrial); también hubieran podido tener en cuenta el buen ejemplo ofrecido —si bien la publicación de obras de este tipo no es habitualmente— por la edición del libro del mariscal Montgomery (2), con magníficas ilustraciones, mapas claros y diagramas funcionales.

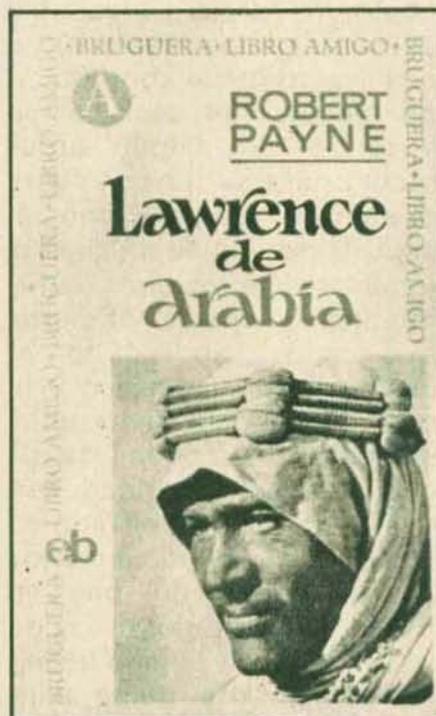
En cuanto al aspecto teórico de la obra, Fuller se atiene a los que constituyen sus puntos de vista expresados en **La dirección de la guerra** (3), analizando el conflicto bélico como capítulo específico del proceso histórico, en el que se manifiesta de una manera frenética, convulsiva y espantosa la influencia de los cambios de la civilización sobre el hombre y las fricciones humanas. En tal sentido, el pensamiento de Fuller se vincula con aquel otro de Clausewitz: **El acto primordial, el principal y más decisivo del juicio que ejercen el estadista y el general, es comprender rectamente la guerra que emprenden, no tomándola por algo o desear convertirla en algo totalmente imposible por su propia naturaleza.** A tal objeto, en lo que a la guerra concierne, no se debe uno atar a lo absoluto, ni ligarse a un conjunto irrevocable de decisiones; como cualquier juego de azar, la guerra no tiene un final preconcebido. La lucha debe, en todo momento, adaptarse a las circunstancias y éstas son siempre fluctuantes. La brutalidad en el conflicto sólo compensa muy raramente, así como tampoco compensa conducir al

enemigo a la desesperación, ya que, aunque exista una probabilidad de que tal opción haga ganar la contienda, es más probable que el enemigo decida prolongarla, aun en perjuicio propio. Tales reflexiones, contrastadas por la panorámica de los hechos probados, hacen del tema uno de los más fructíferos en cuanto a filosofía de la historia. ■
JUAN N. ALMAYER.

LA WRENCE DE ARABIA, INSOLITO VISIONARIO

Uno puede encontrar ingleses en el Afganistán criando caballos de raza para competiciones extrañas y salvajes; en el golfo Pérsico, instruyendo rebeldes y preparando golpes de Estado; en Nueva Guinea, negociando con la artesanía de los papúes; en México, destilando y trasegando mezcal; en las Alpujarras, escribiendo ensayos insólitos y maravillosos... Por eso no extraña tanto que un estudiante de arqueología educado en Oxford, enamorado del románico, bajito y algo enclenque, se alucine de repente y, a la cabeza de un ejército de zarrapastrosos (**unos diez mil hombres que solamente poseían diez ametralladoras, cuatro cañones ligeros de montaña y aproximadamente unos cuatrocientos camellos de carga**), atraviase Arabia dando singulares golpes de mano, dinamitando vías férreas y

locomotoras, creando reinos y viendo frustrarse uno a uno todos sus anhelos, hasta finalizar su carrera militar como oscuro soldado de la RAF, y su vida en un accidente de moto, con el cráneo destrozado. Tras su féretro, hacia el diminuto cementerio de Moreton, caminaban Augustus John y Winston Churchill, en el último home-



naje a aquel que en su vida recibió ninguno: Thomas Edward Lawrence, caballero de la Orden del Baño, condecorado con la Cruz de Servicios Distinguidos, artífice de la rebelión árabe, autor de dos libros admirables: **Los siete pilares de la sabiduría** y **El troquel**, y más conocido como Lawrence de Arabia; la lectura de su biografía, escrita por Robert Payne, le deja a uno temblando.

Thomas E. Lawrence fue uno de esos hombres singulares, alucinados por un destino que sólo disciernen entre brumas dolorosas, pero a cuyo interrogante se entre-

(2) "Historia del arte de la guerra." Agullar, 1969.

(3) Luis de Caralt, 1965.

Libros

LAWRENCE DE ARABIA, INSOLITO VISIONARIO

gan con la pasión del asceta a su epifanía. Y eso es lo que, a mi juicio, era Lawrence, un asceta, un visionario que encarnó en sí mismo el destino del pueblo árabe hasta que, culminada su rebelión contra los turcos y creadas y delimitadas las naciones a cuyo parto había contribuido de manera tan decisiva, se encontró sin ningún argumento para su tensa y febril existencia. Nadie como él sabía la cadena de traiciones, fracasos, frustraciones, sufrimientos y goces efímeros que había significado el camino hasta Damasco y la mesa de negociaciones, pues nadie lo sufrió con la intensidad y la particularidad con que él lo padeció, incluido en ello el ultraje sufrido a manos de la guardia del **bey** de Deraa y la posterior tanda de latigazos hasta dejarle hecho un guiñapo de pulpa sangrienta: algo de lo que jamás se recuperaría su cuerpo ni su espíritu.

Para Lawrence, el combate junto a los árabes, rodeado de sus feroces y vistosos "cortagargantas", era más un ejercicio de purificación o una muy particular forma de redención que un episodio violento y horroroso hasta grados extremos en algunos de sus capítulos. De hecho, su imagen resulta tan espantosamente ascética y simbólica cuando contempla inmutable —pero arrobado por un afilado, y probablemente tenebroso goce estético— los mutilados cadáveres turcos tras la batalla de Abu-

el-Lissal y la ocupación de Damasco, como cuando se extasía ante el perdido horizonte del desierto o frente a la imagen misteriosa de un anciano iluminado y errante comido por los piojos.

En ese sentido, podríamos decir "personal" o introspectivo del héroe, el libro de Robert Payne resulta estremecedor y apasionante. No se trata de una investigación histórica o política, sino de una exposición fascinante de una gesta personal, la del hombre que, echándose la espalda y alucinado por un paisaje y un pueblo con los que nada tenía que ver, se entrega en cuerpo y alma a la tarea gigantesca de expulsar a los turcos de toda Arabia, empleando en ello todos y cualesquiera medios necesarios para que Arabia quedase en manos de sus legítimos dueños. Y coronó ese empeño con todo el masoquismo y toda la abnegación que puede albergar un asceta, manteniendo su espíritu incólume frente a todo el horror que hubo de desencadenar y toda la sangre que tuvo que derramar. Lawrence se enfurecía ante cada baja propia, y más de una vez arriesgó su vida por salvar la de algún turco amenazado por una turba sedienta de justa venganza. Sin embargo, no pestañeaba ante el espectáculo de un tren cargado de inocentes volando por los aires. Extraña y espeluznante personalidad la de este hombre que, viendo acabada su misión, se enroló bajo nombre supuesto y como soldado raso en la RAF y se dispuso a redactar, sin ninguna esperanza en su capacidad

para ello, lo que sería considerado como uno de los más bellos ejemplos de literatura militar. ¿Cuál era el verdadero espíritu de este hombre que proclamaba luchar contra la Omnipotencia y el Infinito como medio, único medio de alejar la victoria, enfrentarse a la *derrota* entendida como única realidad posible, y concitar de una vez por todas la faz descarnada de la muerte? A todo lo largo de su vida sólo aparece claro su fanático afán por descubrir el último recoveco de su alma y el último rescoldo domeñable de su ánimo para, a su través, alumbrar el enigma fatal que adivinaba en su espíritu y en el de la humanidad toda. En último término, se trataba de uno de esos seres admirables y torturados tanto por el infierno como por el paraíso, que huyen de uno y de otro a enfrentarse con el rostro oculto de la divinidad (o de lo que sea que anhelan) en un combate singular que acaba en la muerte y en el misterio, celando el significado profundo y verdadero del duelo al resto de los estupefactos mortales. ■ E. CH.

INTRODUCCION A LAYRET

La obra de la Restauración contó con el apoyo, no desinteresado desde luego, de la burguesía catalana, y por ello el nuevo "orden" (económico, político, social...) favoreció enormemente el desarrollo del capitalismo catalán; es el momento de la creación de las grandes